



aproximando Guillermo, y derrotado Jacobo en Loyne, tuvo que huir nuevamente de un reino, del cual sólo le quedaba el deseo.

El nombre de Guillermo III fué venerado entre los protestantes de Irlanda, y aún tienen emblemas que le recuerdan; se cultivan lirios anaranjados, y se brinda por su memoria; y el partido opuesto á los católicos se llama de los *Orangistas*. Aquéllos sólo poseían la duodécima parte de los terrenos; de modo, que era difícil á Inglaterra castigar á la Irlanda sin castigar á los ingleses establecidos en ella. Lo único que pudo hacer, fué oponerse, de acuerdo con éstos, para oprimir á los católicos; de suerte que fué doble la opresión nacional de todo el país en favor de los diferentes propietarios. Comenzaron los protestantes por reconocer la superioridad del Parlamento inglés sobre el irlandés, sacrificando los intereses de éste. Las fábricas de lana que florecían en Irlanda, y que daban gran provecho á los ganaderos y artesanos, fueron destruidas, porque competían con las inglesas; y si cualquier magistrado del país se oponía á ello, podía ser juzgado por los tribunales ingleses, aunque los irlandeses le absolvieran. Los protestantes, pues, hacían leyes en contra de los católicos, y el ejército las ejecutaba. Fué una persecución pacífica, que se decía justa, porque era legal; humana, porque derramaba poca sangre; moderada, porque opriman sin impulsar á la rebelión. Los obispos y superiores eclesiásticos que podían conferir órdenes, fueron desterrados; si tardaban en salir, se les prendía ó deportaba á las islas; y si volvían, se les condenaba á muerte. Se mandó que quedasen los sacerdotes, pero con la condición de que jurasen y se obligasen á no salir de su territorio, á officiar solamente en la parroquia á que estaban destinados, y á prestar fianza si apostataban; se les concedían crecidas pensiones.

En el culto no había de haber nada público. Todo católico podía ser citado por el juez de paz á decir la hora, el día y el sitio dónde había asistido á misa, y quién estaba allí, y ser condenado á pagar 500 francos ó á un año de prisión. Se prohibieron las peregrinaciones á San Patricio; se destruyeron las cruces y los altares, y se desterró y deportó á las Indias á los

maestros católicos; no se permitía que éstos enviasen á estudiar fuera á sus hijos, y por tanto estaban excluidos de la profesión de las artes liberales, del Parlamento y de los casos públicos. La industria estaba en manos de corporaciones protestantes privilegiadas; era castigado el jornalero que se negaba á trabajar en los días de fiesta, y la libertad religiosa y personal era violada á cada momento. Un católico podía ser obligado por un protestante á que le cediese por cinco libras esterlinas un caballo por bueno que fuese; además, estaba prohibido á los católicos casarse con una protestante, y heredar de ningún protestante, y servir de tutor, sufriendo otra multitud de vejaciones que no pueden referirse. Y con objeto de que no pudiesen apelar al extremo de los pueblos oprimidos, se les quitaron las armas.

Se había repetido de mil modos que era provechoso hacerse protestante y perjudicial ser católico; de suerte que en realidad aquellas eran leyes religiosas. Podían obtener empleos y entrar en la Cámara, pero tenían que prestar juramento en contra de la trasustanciación, la misa, la idolatría de la Iglesia romana, la Virgen y los santos: se establecían escuelas, pero protestantes; y como no iban á ellas los católicos, se clamaba contra su ignorancia. Además de estas leyes, cuyo artificio no comprenden todos, y por consecuencia tampoco la razón de aquellas quejas, surgieron verdaderas persecuciones, exacerbadas por el ódio y por el interés; y no era difícil el abuso en las aplicaciones de una ley que tanto concedía y que tan poca resistencia permitía á los oprimidos. En 1771 el virey de Irlanda estaba para absolver á un católico; mas conociendo que la opinión pública le era contraria, dijo: «Veo que se quiere su muerte, pues que muera.» Los señores aplicaban azotes, y ponían presos á su capricho. El teatro y los escritos estaban atestados de insultos contra la religión. Cuando pedían que se secasen los pantanos de Irlanda, se lo negaban, porque esto sería envalentonar al papismo. Aun después que cesaron el encarnizamiento religioso y el miedo de los Estuardos, y que se vió que sesenta años de persecuciones no habían extinguido á los católicos, se encubría el

CAPÍTULO XII

Guillermo III.—Ana.

Había muchos en Inglaterra, especialmente en el clero, que continuaban fieles al rey caído, y fueron perseguidos con el nombre de Jacobitas y despojados de sus beneficios: de modo, que para poner de acuerdo la conciencia con el interés se introdujo una distinción entre el rey de hecho y el rey de derecho, obedeciendo á Guillermo III como elegido por la nación, no como legítimo. Para apaciguar los escrúpulos religiosos se trató de inventar una fórmula en términos más vagos, á la cual pudieran someterse aún los no conformistas, pero no fué posible; si bien Guillermo, ardiente calvinista, consiguió el *Acta de tolerancia*, que absolvía de las penas impuestas por no haber asistido al culto.

Aunque Escocia parecía que debiera inclinarse á los Estuardos, aceptó con alegría la rebelión, porque la libraba del gravámen del culto episcopal, que le había impuesto Carlos II: la oposición de los torys y la insurrección de los montañeses, fueron vencidas por medio de las armas. Los católicos irlandeses habían tenido esperanza de recobrar sus derechos en la Restauración, y los nuevos poseedores temían que así sucediese, cuando el vacilante Carlos II proscribió el catolicismo, les prohibió con mayor rigor salir de su reino para que no fuesen á Inglaterra á pedirles razones de su determi-

nación; aseguró allí las usurpaciones de los revolucionarios, al paso que se les quitaba en Inglaterra; sin embargo, prometió restituir los bienes á los que pudiesen probar su inocencia. Edicto inicuo que principiaba por declararles criminales; pero se justificaron tantos, que faltaron tierras para reintegrarles; así fué, que enconaron los ánimos contra el papismo, y el edicto fué abolido.

Se quiso que, tanto éstas como las anteriores injusticias, fuesen sancionadas por un parlamento irlandés; pero además de no entrar en él sino los protestantes, como únicos propietarios, se trató también de que sus miembros recibiesen la comunión á la manera anglicana, lo cual equivalía á excluir á los católicos. Estos recobraron nuevas esperanzas en tiempo de Jacobo II, y aún se proponían conspirar, cuando estalló la revolución. Se hicieron, pues, centro de la resistencia, y el virey Tryconell llamó á Jacobo, al despedirse del cual Luis XIV le dijo: *La mejor fortuna que puedo desearos es no volveros á ver*. Desembarcó Jacobo en la isla, y obtuvo una favorable acogida; pero se enagenó muchas voluntades con no querer consentir en el Parlamento que Irlanda fuese separada de Inglaterra, y que no se considerase al rey como jefe de la Iglesia. Entre tanto, se iba



interés con la religión, y toda reclamación ó queja contra las vejaciones se calificaba de papismo. Algunas veces quedaban adormecidas aquellas leyes tiránicas, pero bastaba para despertarlas el más pequeño pretexto, y aparecían más crueles, porque el no practicarlas había aumentado las violaciones. La tiranía es terrible donde las leyes duermen, pero lo es mucho más la que se aplaca para que pueda tolerarse. Esto basta para que el lector comprenda la razón de los continuos trastornos de Irlanda y de la miseria que pesa sobre aquel pueblo.

Guillermo III, hombre perspicaz y leal, de rápida y recta comprensión en los negocios, y valiente como el que más de su época, ignoró el arte de hacerse amar; «fué fatalista en religión, incansable en la guerra, emprendedor en política, enteramente insensible á las emociones dulces y generosas del corazón humano; como padre frío, como marido desdeñoso, como hombre desabrido, como príncipe áspero, como soberano imperioso.» No se cuidó de las letras ni las artes; se presentaba pocas veces en Londres, que se disgustaba de no ver la corte; no dió empleos á los holandeses, pero los puso al rededor suyo, y los escuchaba tanto más, cuanto que sabía que se hallaba rodeado de traidores. El Parlamento le quería mal y andaba reacio en concederle las asignaciones; obstáculo que se aumentó cuando se dió á las Cámaras la facultad de inspeccionar la distribución del dinero público, excepto una lista civil de 600.000 libras esterlinas. Tal desacuerdo favoreció á la libertad, pues á un príncipe amado se le hubiera concedido acaso todo lo que hubiera deseado, hasta el punto de destruir las franquicias conquistadas. La parsimonia de las Cámaras disgustaba á Guillermo mucho más, porque le ponía obstáculos para la guerra contra Luis XIV, objeto constante de su vida. Consiguió, no obstante, formar contra éste la liga (1689), que fué su mayor gloria, y en la que también la Inglaterra tomó parte; y la alianza de ésta con la Holanda se señaló con una novedad en el derecho de guerra, cual fué la de no permitir que las naves, aunque fuesen neutrales, se di-

rigiesen á Francia, deteniéndolas como si se tratase de una plaza bloqueada.

Los franceses intentaron varias veces desembarcar en la isla y promover sublevaciones; se les atribuyó una conspiración contra Guillermo, y en la paz de Ryswick se vieron obligados á reconocerle por rey. Guillermo volvió á Londres, y como oyese en el teatro entonar una oda encomiando sus victorias, exclamó: «Echad fuera á esos tontos. ¿Me han tomado acaso por el rey de Francia?»

Pero su rigor en reprimir las conspiraciones exacerbó los ánimos; el pueblo miró como efecto de su ambición aquella guerra que tanto costaba; los whigs, que le habían colocado en el trono como un medio de pasar á la república, dirigirle á su capricho y aminorar cada vez más sus facultades, pretendían que tuviese poco ejército, que renovase cada tres años el Parlamento, y que se arreglasen los procedimientos por delitos de lesa majestad. Impulsado por sus exageraciones, tuvo que entregarse á los torys sus adversarios, con lo cual se alborotaron más que nunca los partidos, cuyo instigador era Marlborough, que habiendo abandonado el partido de Guillermo, intrigaba con Jacobo, de quien había desertado en otro tiempo. La princesa tenía hacia él, no una mera inclinación, sino una pasión verdadera, tanto más fuerte cuanto que fué combatida por el rey y la reina, quienes sospechando en Marlborough, le separaron del consejo y le pusieron preso.

Los obstáculos que encontraba Guillermo en la isla era un mérito para con los holandeses, en medio de los cuales iba con frecuencia para consolarse de ellos, hasta que murió lleno de amargura.

Ana, hija de Jacobo II, cuñada de Guillermo, le sucedió á los treinta y siete años, dando seguridades á Holanda de que sostendría el sistema de su predecesor. Mas siete provincias permanecían sin estatuder, y toda la unión sin capitán general, por lo cual se dudaba á quién confiar aquella dignidad, hasta que se adoptó el partido de continuar sin estatuder y se dejó el mando al feld mariscal Vollrath, príncipe de Nassau-Saabrück-Usingen;



cambios que no se verificaron sin alborotos.

En Inglaterra, Ana nombró generalísimo y almirante á su marido Jorge de Dinamarca; pero el verdadero señor fué Marlborough, el cual con Godolphin constituyó el ministerio tory, obligándose no obstante á continuar con Francia la guerra propuesta por los whigs y por el voto popular. Las señaladas victorias de Schellenberg y de Hochstad (1704) colmaron de gloria á los ingleses, que celebraron la toma de Gibraltar tanto como la derrota de la armada Invencible. Marlborough, muy afortunado en las victorias, que parecieron mayores á la Europa porque las consiguió sobre Luis XIV, obtuvo el título de duque, luego el feudo de Woodstock, y después rentas cada vez mayores, que sin embargo no saciaban la ambición de aquel héroe avaro é intrigante. Intervenía en los tratados, recibía regalos de las cortes extranjeras que se sometían á su parecer, y lo podía todo por medio de su mujer, que era favorita de Ana, y quería que todo dependiese de ella. Pero Abigail Hill, parienta suya, y á quien colocó á su lado, le usurpó la confianza y apoyo á su tío Harley para abatir el poder de Marlborough.

Este conoció que no podía sostenerse sin renegar de sus ideas asociándose á los whigs; pero éstos se contentaron con poco, y quisieron ocupar el ministerio. Luis XIV, como Napoleón en nuestros días, esperaba que de un momento á otro aquellas divisiones del Parlamento se convirtiesen en tumultos, y las fomentaba, estaba en inteligencia con los clanes de la montaña de Escocia, afectos á los Estuardos y á la independencia, y preparó un desembarco; pero whigs y thorys se unieron entonces, y la empresa se volvió en contra del que la había tramado.

Malborough se unió enteramente á los whigs, y principió á hacer desprecios á la reina; y para secundar las venganzas de su mujer, á quien daba, á fin de que las corrigiese, hasta las cartas oficiales que dirigía á aquélla, trató con los liberales de quitar el almirantazgo al príncipe de Dinamarca. Aquel hombre dócil, «sin ambición, incapaz de formar intrigas, y cual se requería para ser marido de una reina de Inglaterra,» murió de sentimien-

to, y le sucedió lord Pembroke; [los whigs triunfantes proclamaron leyes liberales, y la más hermosa amnistía que se ha publicado. Pero la aversión de Ana y sus mismas imprudencias, los derribaron del poder. Cuando sin reflexionar pidieron que Marlborough fuese enviado al ejército, la opinión pública, halagada por el mérito de éste, se declaró en contra de los whigs, ó por mejor decir, la tiranía ministerial había disgustado, de manera que se echaba de ménos hasta la obediencia pasiva hacia el trono, y se resistía adulando: el doctor Shavereti abogaba por el poder absoluto, y excitó el entusiasmo del servilismo.]

Ana, por otra parte, además de estar disgustada del orgullo de Marlborough, empezó á tener escrúpulos de haber usurpado el reino al príncipe de Gales, creyendo que por esto había sido castigada con la muerte de diez y siete de sus hijos; así es que pensaba cambiar el orden de sucesión. Era imposible conseguirlo con un ministerio whig, y nombró otro tory, presidido por Bolingbroke. Godolphin fué invitado á romper el bastón blanco, distintivo de los tesoreros, y se le pidió judicialmente cuenta de 33.000.000 de libras esterlinas que faltaban, y como la pericia guerrera de Marlborough era necesaria mientras durase la guerra con Francia, los torys pusieron todo su empeño en ajustar la paz, y concluida en Utrecht, se renovó la amistad entre Francia y la Gran Bretaña.

Entonces los periódicos principiaron á zaherir á Marlborough, «héroe de Inglaterra, salvador de la independencia europea,» el cual fué destituido de todos sus empleos, acusado de concusión y condenado á restituir 260.000 libras esterlinas, que quedaron reducidas á 15 al año.

Jacobo II había renovado varias veces las esperanzas y tentativas, y ayudado con sus intrigas al ejército de Luis XIV, sin dejar de amar por esto á los ingleses; y cuando desde las costas de Normandía, donde estaba preparado para pasar á la isla, vió la derrota de la armada francesa en la Hogue, que disipaba sus esperanzas, exclamó: *Solo mis valientes ingleses son capaces de semejantes hechos*, y se consoló al ver restablecida la superioridad de la marina



británica. Por complacer á Louvois, Luis XIV no tuvo ya para él más que cumplimientos y negativas; así fué que sólo pensó en hacer méritos para su alma por medio de la resignacion. En su lecho de muerte (1701), Luis le prometió proteger á su hijo y reconocerle como rey de Inglaterra; pero la casa reinante continuaba teniéndole como spositicio, y la nacion le declaró rebelde.

Guillermo no habia dejado hijos: los diez y siete que tuvo Ana murieron; la única descendiente de Jacobo I que quedaba era Sofia, viuda del primer elector de Hannover, y el Parlamento, creyendo que debia elegir sucesor, la reconoció por heredera con sus descendientes no católicos, rodeando la prerogativa real de nuevas restricciones, y afirmando aquella Constitucion, que consiste en la superioridad del poder legislativo y en la estabilidad del ejecutivo. Cuando se presentaron á Carlos I las proposiciones del Largo Parlamento, contestó: «Si yo accediese á vuestras peticiones, me saludaríais con la cabeza descubierta, me besaríais la mano y me llamaríais majestad; la fórmula de vuestros decretos sería la voluntad del rey significada por las dos Cámaras; podria tambien llevar delante de mí la maza y la espada, y disfrutar de un cetro y una diadema, ramas estériles que llegarían á marchitarse estando muerto el tronco; pero respecto del poder verdadero y real, no sería más que una imagen, una insignia, un fantasma de rey.» De este modo pintaba la monarquía á que se resignaria la casa de Hannover.

El breve resto del reinado de Ana pasó en intrigas por la sucesion, pues ella queria por conciencia que se diese al pretendiente, y los wighs sostenian á Hannover; y en efecto, á su muerte fué proclamado Jorge I de esta casa. La nacion aplicó á Ana el glorioso título de buena reina; y ciertamente, si bien no era capaz de promover grandes cosas y sacar partido de ellas, tampoco ambicionaba atribuirse su mérito, contentándose con hacer bien y perdonar las injurias; y hallando calmadas las tempestades, dulcificó las costumbres, avivó el espíritu comercial, no tuvo necesidad de ser tirana, y el país disfrutó de la mayor prosperidad. Vió-

se á una mujer á la cabeza de una liga poderosa, siendo árbitra de los destinos de Europa por espacio de nueve años de continuas victorias, en las cuales el descendiente de Carlos V sintió vacilar en su cabeza sus muchas coronas; Francia perdió su orgullo, y la monarquía española dividió con la vencedora sus tesoros y posesiones. La marina de guerra contaba doscientas treinta y dos naves con nueve mil novecientas cincuenta y cuatro piezas de artillería, y cincuenta mil hombres; adquirieron los ingleses territorios importantes dentro y fuera de Europa, aseguraron la primacia diplomática, llevaron su comercio á todas partes, y en Portugal excluyeron todo comercio que no fuese el suyo por el tratado de Methuen (1703).

España excluía de sus posesiones de la India á todos los extranjeros, fundándose en la bula de Alejandro VI, y jamás reconoció los establecimientos de Inglaterra en Asia ni en América, lo cual era un perpétuo foco de guerra. Hasta 1670 no reconoció los hechos consumados, y entonces permitió que los buques ingleses parasen en sus puertos cuando se viesen obligados por el viento, ó para repararlos; lo cual era suficiente para que traficasen con entera libertad. Interrumpidas estas relaciones por la guerra, se reanudaron con la paz de Utrecht como en tiempo de Carlos II; y además los ingleses adquirieron á Gibraltar, la isla de Menorca y la trata de negros por treinta años.

No por obra de un hombre, sino por consecuencia necesaria del nuevo estado de la sociedad, se habia establecido la deuda pública en tiempo de Guillermo III, formada de un capital que no se podia rescatar, aunque si trasferir de uno á otro, y cuyos intereses pagaba el Estado. Se habian abolido las deudas públicas; es decir, las habia defraudado, Carlos II, cerrando el Tesoro, que debia 664.226 libras esterlinas, que fueron la única deuda nacional anterior á la revolucion. Guillermo introdujo el sistema de empréstito en grande, como se habia hecho en Holanda, Génova y Venecia, y en 1699 se trató de hacer por primera vez una operacion entonces comun, la reduccion del interés á menor cantidad, que fué el cinco por



Ciento. Al fin de su reinado, la deuda era de 16.394.702 libras esterlinas; en tiempo de Ana se aumentó hasta 54.000.000, cuando principió el juego de la bolsa. Se estaba muy léjos de comprender al principio su importancia, pero no se tardó en ver que la constitucion misma le daba seguridad, porque la deuda estaba garantida por el Parlamento nacional. Luego se estableció un fondo para amortizarla, y con objeto de aumentarle, todos los acreedores del Estado formaron una «compañía para el comercio del mar del Sur,» con privilegio para Méjico, el Perú y otras posesiones españolas de las Indias.

En 1604 el escocés Patterson propuso sacar al gobierno del apuro en que le habia puesto la revolucion, tomando 1.200.000 libras esterlinas, y los que las hubieran desembolsado recibirian 100.000 cada año con la facultad de emitir billetes de Banco convertibles en oro, y formando una «compañía del Banco de Inglaterra.» Perseguido Patterson por sus conciudadanos, por los socios y por el rey, murió en los bosques de

América, cuando tanto habia ayudado al rey y al gobierno; pero la sociedad prosperó suministrando capitales al gobierno, de suerte que en 1709 el fondo del Baneo ascendia á 4.400.000 libras esterlinas, y consiguió que se impidiese el establecimiento de nuevos Bancos rivales y se le autorizase para crear papel-moneda. El gobierno pagaba el 8 por 100, y daba en garantía algunas contribuciones, además de 4.000 libras esterlinas por los gastos de administracion. El capital primitivo habia crecido en 1781 á 11.642.000, y disminuido el interés hasta el 3 por 100, y no podia negociar el Banco sino en barras de oro y plata. Cuando en 1833 se le prorogó por veinte años el privilegio, el Estado le debia 15.000.000 libras esterlinas, que devengaban el 3 por 100, y que fueron reducidas á 11.150.000. El Banco recibe y paga las anualidades y rentas del Estado, pone en circulacion los bonos de los acreedores garantizándolos, y anticipa al gobierno los productos de las contribuciones directas.